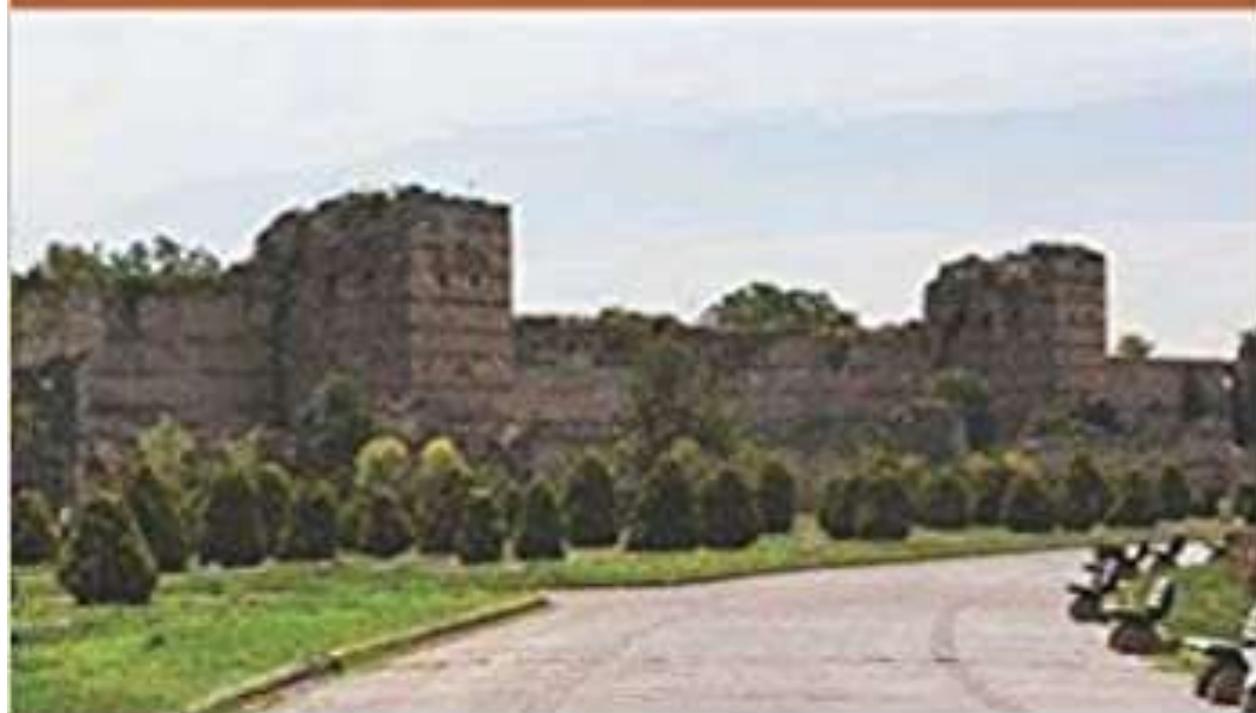


Cuando veas
caer
Constantinopla

Lola Erítea



CUANDO VEAS CAER CONSTANTINOPLA

Novela escrita por:

LOLA ERITEA

Copyright © 2020 Lola Eritea
Todos los derechos reservados

“¿Qué es esa execrable noticia que nos llega de Constantinopla?”

Me tiembla la mano mientras escribo”.

Eneas Silvio Piccolomini, 1453

INTRODUCCIÓN

El 29 de mayo de 1453, el sultán turco otomano Mehmet II entró en la ciudad de Constantinopla como su conquistador. Atrás quedaban casi dos meses de asedio y más de mil años de historia del Imperio Romano de Oriente. Con éste, desaparecía también el último de sus emperadores, Constantino XI.

Estas hojas recrean aquellos momentos a través de la vida de una testigo excepcional, al mismo tiempo que, en nuestra época actual, varios investigadores se pondrán en marcha para descubrir quién fue esta mujer.

El devenir de esta historia llevará a todos ellos a conocer una verdad extraordinaria.

CUANDO VEAS CAER CONSTANTINOPLA

29 de mayo del año del Señor 1460

Infancia. 1416-1424

Mi nombre es María. Bien podría haber sido conocida desde que nací como María Paleóloga, ya que soy hija ilegítima de Teodoro II Paleólogo, antiguo Déspota de Morea. Sin embargo, mi padre no quiso reconocermelo como tal, pues ya estaba comprometido con una noble italiana con la que pronto contraería matrimonio. Por este motivo, jamás reconocería a una hija nacida de una doncella serbia de la corte de Mistrá, en Morea, que falleció en el mismo momento en el que me daba a luz. Nadie me mencionó nunca su nombre. Por haber nacido ilegítima, yo no llevaría el apellido de la familia imperial de Constantinopla, a no ser que mi abuelo, el entonces emperador Manuel II, dijera lo contrario.

En octubre de 1416 y con sólo cuatro meses de vida, mi padre Teodoro me envió desde el Despotado de Morea, en el Peloponeso, a la capital del ya menguado Imperio Romano en Oriente junto a dos nodrizas griegas. Mi abuela paterna, Helena Dragaš, de origen serbio como mi madre, me acogió en la corte constantinopolitana con todo el amor que una mujer como ella, que había dado a luz numerosas veces, podía darme. Allí crecí como María Dragaš, por mi abuela, o como María, la ilegítima de Teodoro.

Debido a mi origen, más serbio que griego, mis rasgos siempre fueron llamativos. Mi cabello comenzó siendo rubio, como mi abuela Helena, aunque mutó a castaño claro conforme fui creciendo. En todo momento lo llevé largo, a pesar de que las ondulaciones naturales no me permitían lucirlo todo lo lacio que yo hubiese querido. Mis ojos han sido de color castaño, y mi tez, tan pálida que siempre tenía que lucir algo de color artificial para no parecer una mujer enferma.

El hecho de que, desde el principio, en mi familia me hubiesen llamado María Paleóloga habría chocado con la estricta imagen que mi abuelo Manuel quería transmitir al mundo. Según me contó el más joven de mis tíos, Tomás, que apenas era siete años mayor que yo y que siempre se enteraba de todos los rumores de la corte, el entonces emperador escribió a Teodoro a Mistrá y no le agradecía precisamente el regalo que le había enviado a Constantinopla. Mi abuelo le aplicaría un severo correctivo si volvía a mandarle algún otro ilegítimo. Lo único que le exigía era que cumpliera con su compromiso con la italiana Cleofa Malatesta, pariente del entonces Papa católico, Martín V. No tenía suficiente el Imperio con la amenaza de enemigos extranjeros, caso de los turcos, como para buscarse la enemistad eterna de Roma si mi padre se atrevía a disgustar a su futura esposa. Teodoro, que era el segundo de los hijos varones de Manuel que habían sobrevivido la infancia, le prometió a su padre que cumpliría con su compromiso y le rogó que, por favor, cuidara de mí.

Al emperador no le quedó más remedio que acogerme en su corte bajo el amparo de mi abuela Helena. Jamás conocí a mi padre. Si alguna vez pisó Constantinopla desde que me enviara allí, no fui informada de ello. Casi toda su vida adulta la pasó en Mistrá, salvo sus últimos años, cuando se instaló en Selimbria, donde falleció de peste en 1448; curiosamente, en el mismo día en el que yo cumplía treinta y dos años. Él dejaba en el mundo a una hija de su matrimonio con Cleofa, mi hermanastra Helena, nacida en 1428. Mi padre la casó a los catorce años con Juan II de Chipre, donde falleció hace dos. Tampoco jamás la conocí.

Yo me crié en Constantinopla junto a mis tíos más jóvenes: Tomás y Demetrio, quien le adelantaba en edad con dos años de diferencia. Fatalmente, al cabo del tiempo, la desgracia se cebó con ellos y terminarían enfrentándose en una cruenta guerra civil en Morea, con el Imperio deshecho y prácticamente en manos de los turcos. Antes de todo esto, los recuerdos se centran en mi infancia en el palacio de Blanquernas de Constantinopla, sede de la corte imperial. Mis dos tíos se divertían a mi costa, no obstante, yo era la única niña de mi familia, así que ellos aprovechaban para tirarme del pelo o levantarme las faldas y hacerme llorar.

De mis dos tíos mayores tengo pocos recuerdos en la infancia. Juan era el primogénito y, como tal, estaba siendo preparado para suceder a mi abuelo en el trono imperial. No conocí a su primera esposa, y se casó en segundas nupcias, cuando yo tenía cinco años, con otra noble italiana, de la familia de Montferrato, que estaba emparentada con nosotros, los Paleólogos. Por tales motivos, mi tío Juan apenas tuvo cabida en mis primeros años de vida.

Tampoco la tuvo Andrónico, el tercero de los hijos de Manuel, que fue destinado muy joven a Tesalónica como Déspota, ciudad que vendió a los venecianos antes de que cayera en manos turcas. Después, se convirtió en monje en un monasterio al que se llevó a un hijo ilegítimo que tuvo, mi primo Juan, y al que no conocí nunca. Andrónico falleció en 1429, cuando yo tenía trece años. Ni siquiera recuerdo su rostro si no es por los retratos oficiales que estaban en el palacio.

Sólo quedaba mi tío Constantino, once años mayor que yo.

Pensar en él todavía me hace llorar, ya que tuvo la desdicha de ver caer Constantinopla en manos de los turcos del sultán Mehmet II.

Escribo estas líneas cuando se cumplen siete años de aquel fatídico acontecimiento. Y lo hago con cuarenta y cuatro, porque la enfermedad me está venciendo. Hace meses que siento dolor al comer e intentar digerir cualquier alimento o bebida. Los médicos que me han examinado afirman que un mal corroe mis entrañas de manera imparable, y que será cuestión de poco tiempo cuando me reúna con el Altísimo. Por esta razón, y antes de que ello ocurra, quiero dejar constancia de lo sucedido en Constantinopla hace siete años y en los meses sucesivos a aquella locura que vio entrar a Mehmet como conquistador de la ciudad.

Venecia, época actual. 14 de abril. Mediodía.

Beatrice Capuani debatía en el aula con el alumno a quien dirigía su tesis doctoral, Claudio Parolo. Estaban solos en aquel amplio espacio, pues el resto del alumnado se había retirado ya; sin embargo, ella quería hablar con Claudio de algunos aspectos de la tesis que estaba preparando sobre los griegos exiliados en Venecia tras la caída de Constantinopla en 1453.

- Está bien que hables de la comunidad al completo, pero ¿por qué centrarte sólo en una única persona?

- Porque no es cualquier persona, doctora. Quizá fue el máximo exponente del exilio constantinopolitano aquí en Venecia. Yo, al menos, lo veo así.

- Y no te lo niego, Claudio. Ana Notaras fue una mujer excepcional, hizo mucho por los suyos en esta ciudad. Pero ten algo más de miras, por favor. La tesis podría quedar más completa.

El eco de sus voces resonaba entre las altas paredes del aula. Con sede en el palacio homónimo del Dux veneciano Francesco Foscari (quien gobernó la ciudad entre 1423 y 1457), y muy cerca del Gran Canal, el departamento de Bienes Culturales contaba con ese espacio privilegiado para dar clases y atender al alumnado. Beatrice estaba harta de indicarle a Claudio que no se olvidase del Dux que daba nombre al edificio y a la propia universidad, porque el señor Foscari había dado cobijo y refugio a los huidos tras el asedio turco a Constantinopla. El joven lo sabía, pero quería incidir también en la figura de Ana Notaras, no sólo por ser mujer, sino por ser heredera de una de las personas más importantes de los últimos años de vida de la capital bizantina, el megaduque Lucas Notaras.

- Lo sé, doctora – continuó Claudio -. De todos modos, me gustaría que le echase un vistazo a esto.

El joven estudiante le tendió un pen drive que extrajo de su portafolios. A regañadientes, su mentora lo tomó y lo introdujo en el puerto USB de su ordenador.

Beatrice Capuani, de cuarenta años, era doctora de Historia Medieval y responsable del departamento de Humanidades de tan importante universidad. A pesar de su juventud, su carrera había sido meteórica tras publicar una magistral tesis sobre el Dux veneciano Enrico Dandolo y su papel en el saqueo de Constantinopla en 1204. La aportación de nuevos datos y la original perspectiva desde la que abordó la figura de tan controvertido personaje, le valió la calificación más alta del tribunal que la examinó. A partir de ahí, la Junta Directiva de la Universidad Ca'Foscari la contrató para una plaza vacante en Humanidades, que completó con su ascenso al cargo de responsable tras cinco años de docencia e investigación ininterrumpida.

La doctora Capuani dirigía varias tesis doctorales, como la de Claudio Parolo, centradas siempre en la Italia medieval. Además, representaba a la Universidad en diferentes eventos fuera del país. De hecho, acababa de llegar de la Sorbona de París, donde se había llevado a cabo una exposición sobre Felipe II Augusto y Luis IX de Francia. Beatrice se encontraba todavía algo cansada, pues había aterrizado en el aeropuerto de Venecia-Marco Polo la noche anterior, y no había podido dormir lo suficiente como para estar centrada del todo en la tesis de Claudio.

Beatrice abrió la carpeta “Ana Notaras” que su tutorando le indicó una vez que introdujo el pen drive. En ese momento, se abrieron varias imágenes de antiguos documentos, que parecían ser fotografías extraídas de algún archivo histórico.

- Bueno, Claudio, ve explicándome.

El joven se situó a su lado y le pidió permiso para manejar el ordenador, según él le quería indicar. Pinchó sobre el primer archivo para abrir un documento en el que apareció la imagen de un pergamino escrito con una pulida letra redonda. La tinta estaba algo gastada, según apreció Capuani.

- Mire, doctora. Estas cartas las encontré en el archivo de la iglesia de San Giorgio dei Greci, aquí en Venecia, cuya fundación fue auspiciada por la propia Ana Notaras en el siglo XV. Obtuve el permiso para acceder a él gracias al director del Instituto Helénico de Estudios Bizantinos y Post-Bizantinos, con quien me entrevisté para explicarle el objetivo de mi tesis. Una vez en el archivo, accedí a los documentos personales de Notaras, que ella misma depositó allí antes de su muerte en 1507.

- Ya veo que sabes moverte muy bien – apuntó Beatrice, cada vez más interesada en lo que estaba viendo -. Bueno, ¿de qué se trata?

- Son cuatro cartas, doctora. La remitente es otra mujer, aunque por el desgaste de la tinta ya puede observar que hay varias lagunas. No se puede apreciar a simple vista desde dónde escribe, aunque sí su nombre. Se llama María Dragaš.

- ¿Dragaš? – se sorprendió Beatrice -. ¿Es serbia?

- Lo dudo, doctora. Escribe en un griego perfecto. La carta más antigua está fechada en septiembre de 1453, después de la caída de Constantinopla, aunque por desgaste no se percibe desde dónde la envía. Pero da la impresión de que pertenece a la familia imperial de Bizancio.

Beatrice levantó la vista del ordenador y observó extrañada a su tutorando.

- ¿Estás seguro, Claudio? El apellido Dragaš está íntimamente vinculado a los últimos emperadores de Bizancio; de hecho, Helena Dragaš fue la esposa de Manuel II y la madre de Juan VIII y Constantino XI. Sólo éste adoptó el apellido materno. Pero no se tiene constancia de más miembros de la familia Paleólogo que se hiciesen llamar así. Si esta María no fue de la familia reinante en Velbazhd, en Serbia, de donde procedía Helena, ¿quién era exactamente esa mujer?

- No lo sé con certeza – negó Claudio con la cabeza -. Sólo he podido traducir la primera de las cartas, la más antigua. Pero si se fija usted aquí, María se refiere a Constantino como su tío. Se sobreentiende que habla del último emperador, pues a continuación explica cómo su cuerpo acabó expuesto en una columna de la capital tras la conquista turca.

Beatrice asintió a todo aquello, aunque la novedad era más que reseñable. Ella había estudiado griego bizantino para sus traducciones en la tesis sobre Enrico Dandolo y, efectivamente, podía leer lo que Claudio le comentaba. Pero jamás había conocido a ninguna sobrina en la familia de Constantino que respondiera al nombre de María.

- Es intrigante – comentó -. Manuel II y su esposa Helena Dragaš, tuvieron muchos hijos, aunque sólo le sobrevivieron los varones. Juan fue el mayor, además del siguiente emperador, y no tuvo descendencia. A continuación, llegaron Teodoro y Andrónico; éste

último murió muy joven, quizá engendrara a esta hija. Después iba Constantino y finalmente, los dos pequeños, Demetrio y Tomás. Tenemos donde elegir, Claudio. Por el uso del apellido de la abuela, puedo imaginar que se trató de una hija ilegítima de alguno de estos hermanos de Constantino. Madre mía, creo que estamos ante algo gordo, tengo ese palpito. Has hecho un gran descubrimiento.

Beatrice Capuani no era muy dada a sonreír en su trabajo, pero esta vez no lo pudo evitar. Era evidente que se hallaba ante algo o alguien excepcional. Claudio se sintió plenamente satisfecho por haberle mostrado a su tutora el magnífico descubrimiento que, visto lo visto, no había sido tenido en cuenta demasiado en los archivos de la iglesia ortodoxa que lo custodiaba.

- ¿Quién eres, María? – se repitió Beatrice, hablando para sí misma.

- Doctora – la interrumpió Claudio -, puedo seguir traduciendo las otras cartas. Me va a llevar algún tiempo, porque sólo para ésta precisé de una semana. La tinta está gastada y los huecos no ayudan nada. De hecho, no tengo traducido el contenido completo de esta primera carta porque me resulta imposible con los medios con los que cuento.

- Trabaja aquí, en la Universidad. En el taller de Paleografía hay máquinas de precisión que pueden ayudarte. Yo investigaré por otro lado.

- ¿Qué hará, doctora?

- Tengo colegas en Estambul y en Atenas que podrían ayudarme... Turquía debe tener información si los primeros sultanes no se dedicaron a destruirlo todo. Y Grecia también. La mitad de los hermanos Paleólogo fueron Déspotas de Morea, en el Peloponeso, o señores de Tesalónica, como Andrónico. No sé por qué, pero apuesto por éste. Debe haber algo de información en Atenas... Además, mi contacto allí es fabuloso, ya que coordina desde la capital de Grecia el Instituto Helénico de Estudios Bizantinos y Post-Bizantinos de Venecia, el mismo al que has ido a pedir permiso para consultar los archivos. Te iré informando, Claudio, no te preocupes. Creo que tu trabajo no pasará desapercibido para nadie, te lo puedo asegurar.

Beatrice Capuani despidió a su tutorando del aula, no sin antes pedirle una copia de la traducción de ese primer documento. Se quedó mirando la carta firmada claramente por María Dragaš. Su letra era redonda, muy elaborada. Se notaba que se trataba de una señora de la nobleza. Centró su mirada en la expresión “mi tío Constantino”, y no paró de preguntarse de cuál de sus hermanos podía ser hija ilegítima. Estaba muy intrigada; fue como si, de golpe, el cansancio por el viaje desde París hubiera desaparecido del todo.

Escribiría a su contacto en Atenas en cuanto llegara a su despacho, pero antes tendría que vencer una barrera sentimental que le dolía mucho, no lo iba a negar. Y es que su otro colega, el de Estambul, no lo era tanto. Le había conocido allí hacía dos años, en un simposio sobre los Paleólogos, precisamente. Maldita coincidencia. Y malditas sus ganas de volver a contactar con él. Pero Volkan Çalik podría ser sus ojos en Estambul. Era especialista en la Anatolia Tardomedieval, y pocas personas como él sabrían de la familia imperial bizantina en aquel aspecto que a ella le interesaba.

Haría de tripas corazón, qué remedio. Así que aprovechó la soledad del aula para escribirle un correo electrónico, explicándole las novedades que le había traído Claudio a su mesa.

